

CAPÍTULO I. Marsella. La llegada

Edmundo Dantés era un joven de dieciocho a veinte años, alto, esbelto, con unos hermosos ojos negros y cabello de ébano; toda su persona despedía ese aire tranquilo y resuelto propio de los hombres acostumbrados desde su infancia a luchar contra el peligro.

CAPÍTULO VIII. El castillo de If

Tan pronto se quedaba sentado y absorto en sus pensamientos, como daba vueltas alrededor de su prisión como hace un animal salvaje enjaulado. Un pensamiento sobre todo le hacía saltar: es que, durante la travesía, en la que, en su ignorancia sobre el lugar adonde le llevaban, se había quedado tan tranquilo y tan pacífico, hubiera podido diez veces tirarse al mar y una vez en el agua, gracias a su habilidad para nadar, gracias a esa costumbre que hacía de él uno de los más hábiles nadadores de Marsella, hubiera podido desaparecer bajo el agua, escapar de sus guardianes, alcanzar la costa, huir, esconderse en alguna cala desierta, esperar a un navío genovés o catalán, llegar a Italia o a España, y desde allí escribir a Mercedes para que viniera a reunirse con él (...) hubiera vivido libre, feliz con Mercedes, con su padre, pues su padre hubiera ido con él; sin embargo, ahí estaba, preso, encerrado en el castillo de If, en esta infranqueable prisión, sin saber qué había sido de su padre, qué había sido de Mercedes, y todo eso porque había creído en la palabra de Villefort: era para volverse loco. Así, Dantés se revolvía furioso.

CAPÍTULO XV. El número 34 y el número 27

Dantés pasó por todos los grados de la desdicha que sufren los presos olvidados en una cárcel. (...)

Su espíritu se hizo sombrío, una nube se espesaba ante sus ojos. Dantés era un hombre sencillo y sin formación; el pasado había quedado cubierto por un velo oscuro que sólo la ciencia sabe descubrir. En la soledad del calabozo y en el desierto de su mente, no podía reconstruir los tiempos pasados, dar vida a los pueblos extintos, reconstruir las ciudades antiguas que la imaginación engrandece y poetiza (...) ¡Él, él no tenía más que un pasado tan corto, un presente tan sombrío, un futuro tan dudoso! ¡Diecinueve años de luz para meditar, quizá, en una noche eterna! Ninguna distracción, pues, podía venir en su ayuda: su espíritu lleno de energía y que no hubiera deseado nada mejor que emprender el vuelo a través de los tiempos se veía forzado a seguir prisionero como un águila en una jaula.

(Aparece otro preso: el Abate Faria) (...) Edmundo ya no quería morir. Enseguida notó que su cerebro se aclaraba. (...)

Dantés comprendió la dicha que sería para él una mente inteligente que siguiera a ese espíritu elevado en sus alturas morales, filosóficas o sociales por las que habitualmente discurría.

—Debería usted enseñarme un poco de lo que usted sabe —dijo Dantés—, aunque sólo fuera para que no se aburriese usted conmigo. Ahora me parece que usted debe preferir la soledad a un compañero sin educación y sin capacidad como yo. Si le parece que yo le pregunte, me comprometo a no hablarle más de fugas. El abate sonrió.

—¡Ay! Hijo mío —dijo—, la ciencia humana es bastante limitada, y cuando le haya enseñado matemáticas, física, historia y las tres o cuatro lenguas vivas que hablo, sabrá usted todo lo que yo sé; pues bien, toda esa ciencia, no tardaré más de dos años en pasarla de mi cabeza a la de usted. (...) Aprender no es saber; existen los eruditos y los sabios; a unos los hace la memoria; a los otros, la filosofía .

CAPÍTULO XVII. La celda del Abate

—¡Si quieres descubrir al culpable, busca primero a quien pudiera beneficiarse del crimen! ¿A quién beneficiaría su desaparición?

—A nadie, ¡Dios mío! ¡Yo era tan poca cosa!

—No responda así, pues esa respuesta carece a la vez de lógica y de filosofía; todo es relativo, mi querido amigo, desde el rey que estorba a su futuro sucesor, hasta el empleado que estorba al que aún no está en la nómina: si el rey muere, el sucesor hereda la corona; si el empleado muere, el que está por debajo de él hereda mil doscientas libras de salario.(...) Cada individuo, desde el más bajo al más alto en la escala social, agrupa en torno a él a todo un pequeño mundo de intereses, que tiene sus torbellinos y sus átomos interpuestos como los mundos de Descartes. (...)

—¡Por mi honor!, me hace usted temblar —dijo Dantés—, ¿es que el mundo va a estar lleno de tigres y de cocodrilos?

—Sí; sólo que esos tigres y cocodrilos de dos pies son más peligrosos que los otros. (...)

Durante esas horas de meditación, que se le habían pasado como si hubieran sido segundos, había tomado una

terrible resolución y se había hecho un formidable juramento. (...)

—Me arrepiento de haberle ayudado en sus pesquisas y haberle dicho lo que le dije —dijo el abate.

—¿Y eso por qué? —preguntó Dantés.

—Porque le he infiltrado en el corazón un sentimiento que no tenía: **la venganza**.

CAPÍTULO XVIII. El tesoro

—Ahora —continuó Faria mirando a Dantés con una expresión casi paternal—, ahora, amigo mío, usted sabe tanto como yo: si alguna vez huimos juntos, la mitad de mi tesoro es suyo; si muero aquí, y usted consigue huir, ese tesoro le pertenece en su totalidad. (...)

—Ese tesoro le pertenece a usted, amigo mío —dijo Dantés—, le pertenece por entero a usted, yo no tengo ningún derecho; no soy ni siquiera su pariente. —¡Usted es mi hijo, Dantés! —exclamó el anciano—. Usted es el hijo de mi cautiverio; mi estado me condenaba al celibato: Dios me lo ha enviado para consolar al hombre, que no podía ser padre, y a la vez al prisionero, que no podía ser libre.

CAPÍTULO XXII: Los contrabandistas

Edmundo tenía que pasar allí una prueba más; era la de saber si se reconocería a sí mismo después de catorce años sin haberse visto; había conservado una idea bastante precisa de cómo era de muchacho, tenía que ver ahora en qué se había convertido como hombre.(...)

Al menos veinte veces había recalado en Livorno, conocía a un barbero en la calle Saint-Ferdinand, así que entró en la barbería para que le cortasen el pelo y le afeitasen la barba.

El barbero miró con asombro a este hombre de tan larga cabellera y barba tan espesa y negra que parecía una de esas hermosas cabezas de Tiziano. Todavía no estaba de moda en aquella época llevar la barba y los cabellos tan largos: hoy, sin embargo, un barbero se asombraría de que un hombre dotado con tan grandes atributos físicos consintiera en desprenderse de ellos. El barbero livornés se puso a la tarea sin más.

Cuando terminó la operación, cuando Dantés se sintió el mentón enteramente rasurado, cuando su cabello se vio reducido a la longitud normal, pidió un espejo y se miró.

Tenía entonces treinta y tres años, como hemos dicho, y los catorce años de prisión le habían aportado, por así decir, un gran cambio moral en su rostro.

Dantés había entrado en el castillo de If con el rostro redondeado, sonriente y abierto de un muchacho feliz, a quien los primeros pasos en la vida le habían sido fáciles, y que cuenta con el futuro como la deducción natural del pasado; pero todo eso había cambiado.

Su rostro ovalado se había alargado, su boca riente había tomado esas líneas firmes y determinantes que indican resolución; sus cejas se habían arqueado bajo una única arruga, pensativa; sus ojos se habían impregnado de una profunda tristeza, en cuyo fondo centelleaban de vez en cuando sombríos destellos de misantropía y de odio; su tez, lejos durante tanto tiempo de la luz del día y de los rayos de sol, había tomado ese color mate que, encuadrado en sus cabellos negros, avala la belleza aristocrática de los hombres del norte; esa profunda ciencia que había adquirido había reflejado además, en todo su rostro, esa aureola de inteligente seguridad.

Además, aunque por naturaleza tenía una talla bastante alta, había adquirido ese vigor corpulento de un cuerpo que concentra todas sus fuerzas.

A la elegancia de sus formas rápidas y frágiles le había sucedido la solidez de unas formas redondeadas y musculosas. En cuanto a su voz, los rezos, los sollozos y las imprecaciones, la habían cambiado, a veces en un timbre de una extraña dulzura, y otras en un acento rudo y casi ronco. Además, al estar siempre en una media luz o en la oscuridad, sus ojos habían adquirido esa singular facultad de distinguir los objetos durante la noche, como la hiena y el lobo.

Edmundo sonrió al contemplarse en el espejo: **era imposible que ni su mejor amigo, si por casualidad le quedase un amigo, le reconociera; ni siquiera él se reconocía a sí mismo.**

CAPÍTULO XXXI Italia. Simbad el marino

(...) Una voz dijo, en un buen francés, aunque con acento extranjero: —Sed bienvenido a mi casa, señor, puede quitarse el pañuelo.

Como nos imaginamos, Franz no se hizo repetir dos veces el consejo; se quitó el pañuelo y se encontró frente a un hombre de treinta y ocho a cuarenta años, que llevaba una vestimenta tunecina, es decir un gorro con una larga borla de seda azul; una chaqueta de paño negro toda bordada en oro; pantalones color sangre de toro, anchos y bombachos,

polainas del mismo color, bordadas en oro como la chaqueta, y babuchas amarillas; un magnífico pañuelo de cachemira a modo de cinturón, y un pequeño alfanje, fino y curvo, sujeto a la cintura. Aunque de una palidez casi lívida, este hombre tenía un rostro notablemente hermoso; ojos vivos y penetrantes; nariz recta y casi nivelada con la frente, indicaba el tipo griego en toda su pureza, y sus dientes, blancos como perlas, encajaban admirablemente bajo los mostachos negros que encuadraban sus labios.

Solamente esa palidez era extraña; se hubiera dicho de alguien encerrado durante largo tiempo en una tumba, y que no hubiera podido recuperar el colorido de los vivos. Sin ser demasiado alto, estaba bien proporcionado y tenía las manos y los pies pequeños.

CAPÍTULO LXI. La presentación

Montecristo, al darse la vuelta con viveza, vio a la señora de Morcerf a la entrada del salón (...) Inmóvil y pálida, cuando se volvió hacia ella dejó caer su brazo, que no se sabe por qué había mantenido apoyado en el marco dorado de la puerta; estaba allí desde hacía algunos instantes, y había oído las últimas palabras pronunciadas por el visitante del otro lado de los Alpes.

Este se levantó e hizo una profunda inclinación a la condesa, que se inclinó a su vez, muda y ceremoniosa.

—¡Eh, Dios mío! Señora —preguntó su marido—, ¿qué le ocurre? ¿Será el calor del salón lo que le molesta?

—¿Se encuentra mal, madre? —exclamó el vizconde yendo hacia Mercedes.

Agradeció a ambos su interés, con una sonrisa.

—No —dijo ella—, pero he sentido una gran emoción al ver por primera vez a quien sin cuya intervención estaríamos en este momento en duelo y en llanto.

Señor —continuó la condesa avanzando con la majestuosidad de una reina—, le debo la vida de mi hijo, y por esa buena acción, le bendigo. Ahora le doy las gracias, por el placer que me proporciona al procurarme esta ocasión, como le he bendecido, es decir, desde el fondo de mi corazón.

El conde se inclinó de nuevo, pero más profundamente aún que la primera vez; estaba más pálido aún que Mercedes.

—Señora —dijo—, el señor conde y usted me recompensan demasiado generosamente de una acción bien simple. Salvar a un hombre, ahorrar un tormento a un padre, considerar la sensibilidad de una madre, no es hacer una buena acción, es hacer un acto de humanidad.

Con estas palabras, pronunciadas con una dulzura y una cortesía exquisitas, la señora de Morcerf respondió con un profundo sentimiento:

—Mi hijo es muy dichoso al tenerle como amigo, señor, y doy gracias a Dios que ha hecho así las cosas.

Y Mercedes elevó sus hermosos ojos al cielo con una gratitud tan infinita que el conde creyó ver en ellos temblar dos lágrimas.

CAPÍTULO LXX. El baile

(...) El conde de Montecristo acababa de entrar. Ya lo hemos dicho, el conde, sea por prestigio falso, sea por prestigio natural, atraía la atención allí donde se presentaba; no era su frac negro, irreprochable, es cierto, en el corte, pero sencillo y sin condecoraciones; no era su chaleco blanco sin ningún bordado; no era su pantalón encajando un pie de la forma más delicada lo que atraía su atención: era su tez mate, sus cabellos negros ondulados, era su rostro tranquilo y puro, era su mirada profunda y melancólica, era, en fin, su boca dibujada con una finura maravillosa y que tomaba con tanta facilidad la expresión del más alto desdén, lo que hacía que todos los ojos se fijaran en él.

Podía haber hombres más apuestos, pero, ciertamente, no había ninguno más significativo, si se nos admite esta expresión; todo en el conde quería decir algo y tenía su valor, pues la costumbre de un pensamiento útil había dado a sus rasgos, a la expresión de su rostro, y al más insignificante de sus gestos una soltura y una firmeza incomparables.

Y además, nuestro mundo parisino es tan extraño que quizá no hubiera hecho caso a todo esto si no hubiera habido por debajo de todo ello una misteriosa historia dorada por una inmensa fortuna.

Sea como sea, el conde avanzó, bajo el peso de todas las miradas y a través de pequeños saludos, hasta la señora de Morcerf, quien, de pie delante de la chimenea llena de flores, le había visto aparecer reflejado en el espejo situado en frente de la puerta, y se había preparado para recibirle. Mercedes se dio la vuelta hacia él con una sonrisa compuesta en el mismo instante en el que el conde se inclinaba ante ella.

Sin duda ella creyó que el conde iba a hablarle; sin duda, por su parte, el conde creyó que ella iba a dirigirle la palabra; pero ambos se quedaron mudos, pues sin duda una banalidad les parecía indigna de ambos (...)

Así dieron una vuelta por el jardín sin pronunciar una sola palabra.

—Señor —dijo de repente la condesa tras diez minutos de paseo silencioso—, ¿es cierto que haya usted visto tanto, viajado tanto, sufrido tanto?

—He sufrido mucho, sí, señora —respondió Montecristo.

—¿Pero ahora es usted feliz?

—Sin duda —respondió el conde—, pues nadie me oye quejarme.

—¿Y su felicidad presente le hace el alma más dulce?

—Mi dicha presente iguala a mi miseria pasada —dijo el conde.

—¿No está usted casado? —preguntó la condesa.

—¿Yo, casado? —respondió el conde temblando—. ¿Quién pudo decirle eso?

—No me lo han dicho, pero varias veces le han visto llevar a la Ópera a una persona joven y bella.

—Es una esclava que compré en Constantinopla, señora, una hija de príncipes, que he convertido en mi hija, puesto que no tengo ninguna otra afición en el mundo.

—¿Así que vive usted solo?

—Vivo solo.

—¿No tiene hermanas..., hijo..., padre...?

—No tengo a nadie.

—¿Cómo puede usted vivir así, sin nada que le una a la vida?

—No es culpa mía, señora. En Malta amé a una joven con la que iba a casarme cuando estalló la guerra que me llevó como un torbellino lejos de ella. Creí que me amaba lo suficiente como para esperarme, para permanecerme fiel, incluso hasta mi tumba. Cuando volví, ella se había casado. Es la historia de todo hombre que ha pasado por la edad de veinte años. Yo quizá tenía el corazón más débil que los demás, y sufrí más que cualquier otro en mi lugar, eso es todo.

La condesa se detuvo un momento, como si tuviera necesidad de ese alto para respirar.

—Sí —dijo ella—, ese amor se le quedó en el corazón... Realmente sólo se ama una vez... ¿Y volvió usted a ver a esa mujer?

—Nunca.

—¡Nunca!

—Nunca regresé al país en el que ella está.

—¿En Malta?

—Sí, en Malta.

—¿Entonces ella sigue en Malta?

—Eso pienso.

—¿Y le ha perdonado usted todo lo que le hizo sufrir?

—A ella, sí.

—Pero solamente a ella; ¿usted sigue odiando a quienes le apartaron de ella?

CAPÍTULO LXXXIX “La noche”

—¿Quién es usted, señora? —dijo el conde a la dama del velo.

La desconocida echó una mirada por todo alrededor para asegurarse de que estaban solos, después, inclinándose como para arrodillarse, y juntando las manos con desesperación:

—**Edmundo** —dijo—, ¡no matarás a mi hijo!

El conde dio un paso atrás, emitió un leve grito y dejó caer el arma que tenía en la mano.

—¿Qué nombre ha pronunciado, señora de Morcerf? —dijo.

—¡El suyo! —dijo echando hacia atrás el velo—. Sólo el suyo, que tal vez soy la única que no lo ha olvidado, Edmundo; no es la señora de Morcerf la que está aquí, es Mercedes.

—Mercedes está muerta, señora —dijo Montecristo—, ya no conozco a nadie con ese nombre.

—Mercedes vive, señor, y Mercedes recuerda, pues es la única que le reconoció al verle, por su voz, Edmundo, sólo por el sonido de su voz; y desde entonces sigue sus pasos, le vigila, le teme, y no ha necesitado buscar la mano que asestaba el golpe al señor de Morcerf.

—A Fernando, quiere usted decir, señora —repuso Montecristo con amarga ironía—; ya que estamos recordando nombres, recordémoslos todos.

Y Montecristo pronunció el nombre de Fernando con tal expresión de odio que Mercedes sintió un escalofrío de terror recorrer todo su cuerpo.

—¡Ya ve, Edmundo que no me he equivocado! —exclamó Mercedes—. Y que tengo razón en decirle: ¡No toque a mi hijo!

—¿Y quién le dijo, señora, que deseo algún mal a su hijo?

—¡Nadie, Dios mío! Pero una madre ve siempre más allá. Adiviné todo; le seguí a la Ópera y, oculta en un palco de platea, vi toda la escena.

—Entonces, si usted vio todo, señora, vería que el hijo de Fernando me insultó públicamente —dijo

Montecristo con una calma terrible. —Vería —continuó el conde— que me hubiera arrojado el guante a la cara, si uno de sus amigos no le hubiera sujetado el brazo.

—Escúcheme. Mi hijo también le ha descubierto; le atribuye a usted todas las desgracias que recaen en su padre.

—Señora —dijo Montecristo—, usted se confunde: no son desgracias, es el castigo. No soy yo quien golpea al señor de Morcerf, es la Providencia que le castiga.

—¿Y por qué sustituye usted a la Providencia? —exclamó Mercedes—. ¿Por qué recuerda usted cuando la Providencia olvida? ¿Qué daño le ha causado a usted Fernand Mondego traicionando a Alí-Tebelin?

—O sea, señora —respondió Montecristo—, que todo esto es un asunto entre el capitán franco y la hija de Vasiliki. En nada tiene que ver conmigo, tiene razón, y si juré vengarme, no es del capitán franco, ni del conde de Morcerf: es del pescador Fernando, marido de la catalana Mercedes.

—¡Ah! Señor —exclamó la condesa—, ¡qué terrible venganza por una falta que la fatalidad me hizo cometer! Puesto que la culpable soy yo, Edmundo, si tiene que vengarse de alguien, es de mí, que me faltó la fuerza contra su ausencia y mi soledad.

—¿Pero, por qué estaba yo ausente? —exclamó Montecristo—. ¿Y por qué estaba usted sola?

—Porque le detuvieron, Edmundo, porque estaba preso.

—¿Y por qué me detuvieron? ¿Por qué estaba preso?

—Lo ignoro —dijo Mercedes.

—Sí, usted lo ignora, señora, o al menos eso espero. Pues bien, yo se lo diré. Fui arrestado, estuve preso, porque la víspera misma del día en el que íbamos a casarnos, un hombre, llamado Danglars, escribió una carta que el pescador Fernando se encargó, por su propia mano, de echar al correo.

Y Montecristo, yendo a su secreter, abrió un cajón del que sacó un papel, ya descolorido, y cuya tinta se había vuelto del color de la herrumbre, que mostró a Mercedes (...) ella leyó con espanto las líneas (...)

—¿Y el resultado de esta carta?

—Usted lo conoce, señora; el resultado fue mi detención; pero lo que usted no sabe, señora, es el tiempo que duró esa detención. Lo que usted no sabe es que estuve catorce años a un cuarto de legua de usted, en un calabozo del castillo de If. Lo que usted no sabe es que cada día de esos catorce años renové el voto de venganza que me hice el primer día, aunque sin embargo ignoraba que se hubiese casado usted con Fernand, mi denunciante, y que mi padre hubiera muerto, ¡y muerto de hambre!

—¡Justo Dios! —exclamó Mercedes tambaleante

—Eso es lo que supe al salir de prisión, catorce años después de haber entrado, y esto es lo que hizo que, sobre Mercedes viva, y sobre mi padre muerto, jurara vengarme de Fernando, y... que esta es mi venganza. (...)

La pobre mujer dejó caer la cabeza entre las manos; las piernas se le plegaban y cayó de rodillas.

—¡Perdone, Edmundo —dijo—, perdone, a quien todavía le ama!

La dignidad de la esposa detuvo el impulso de la amante y de la madre. Inclino la frente hasta tocar casi el suelo. El conde fue hacia ella y la levantó. Entonces, sentada en un sillón, pudo, a través de sus lágrimas, contemplar el rostro de hombre adulto de Montecristo, en el que el dolor y el odio imprimían aún un carácter amenazante.

—¡Que no aplaste a esa raza maldita! —murmuró—. ¡Que desobedezca a Dios que me ha llamado para llevar a cabo su castigo! ¡Imposible, señora, imposible!

—Edmundo —dijo la pobre madre, intentando todos los medios posibles—, ¡Dios mío! Si yo le llamo Edmundo, ¿por qué no me llama Mercedes?

—Mercedes —repitió Montecristo—, ¡Mercedes! ¡Pues bien! Tiene razón, me resulta dulce aún pronunciar ese nombre, y esta es la primera vez, desde hace mucho tiempo, que suena con tanta claridad al salir de mis labios. ¡Oh, Mercedes! Su nombre, lo he pronunciado con los suspiros de la melancolía, con los gemidos del dolor, con la rabia de la desesperación; lo he pronunciado helado por el frío, acurrucado en mi calabozo; lo he pronunciado devorado por el calor, rodando sobre las losas de mi prisión. Mercedes, tengo que vengarme, pues durante catorce años he sufrido, durante catorce años he llorado, durante catorce años he maldecido; ahora se lo digo, Mercedes, tengo que vengarme.

Y el conde, temiendo ceder a los ruegos de la mujer a la que tanto había amado, apelaba a sus recuerdos para que le ayudasen a conservar su odio.

—¡Vénguese, Edmundo! —exclamó la pobre madre—. Pero vénguese de los culpables; vénguese en él, en mí, ¡pero no se vengue en mi hijo!

—En el Libro Sagrado está escrito —respondió Montecristo—: «los pecados de los padres recaerán en los hijos hasta la tercera o la cuarta generación». Puesto que Dios dictó esas palabras suyas al profeta, ¿por qué iba a ser yo mejor que Dios?

—Porque Dios es dueño del tiempo y de la eternidad, dos cosas que escapan a los hombres.

Montecristo dio un suspiro que parecía más un rugido, y se mesaba sus hermosos cabellos con ambas manos.

—Edmundo —continuó Mercedes, con los brazos extendidos hacia el conde—, Edmundo, desde que te

conozco he adorado tu nombre, he respetado tu recuerdo. Edmundo, amigo mío, no me fuerces a empañar esa imagen noble y pura reflejada sin cesar en el espejo de mi corazón. Edmundo, si supieras todas las plegarias que he dirigido a Dios por ti, mientras te esperé vivo, y después, cuando te creí muerto, sí muerto, ¡ay de mí! Veía tu cadáver sepultado en el fondo de alguna torre sombría; veía tu cuerpo arrojado al fondo de uno de esos abismos a los que los carceleros arrojan a los presos muertos, ¡y lloraba! ¡Yo! ¿Qué podía hacer yo por ti, Edmundo, sino rezar y llorar?

Escúchame; durante diez años he soñado cada noche lo mismo. Decían que quisiste huir, que ocupaste el lugar de un preso muerto, que te deslizaste en su sudario, y que entonces lanzaron el supuesto cadáver desde lo alto del castillo de If; y que solamente el grito que diste al caer rompiéndote entre las rocas desveló a los enterradores, convertidos así en verdugos, la sustitución hecha. Y bien, Edmundo, te juro por la cabeza de este hijo por el que te imploro, Edmundo, te juro que durante diez años, cada noche, veía a unos hombres balanceando un bulto informe y desconocido en lo alto de una roca; durante diez años, y noche a noche, oía un grito terrible que me despertaba temblando y helada. Y yo también, Edmundo, ¡oh!, créeme, yo también, por muy criminal que haya sido, yo también he sufrido mucho.

—¿Has sentido morir a un padre en tu ausencia? —exclamó Montecristo hundiendo las manos en los cabellos —¿Has visto a la mujer amada tender la mano a tu rival, mientras el amado agonizaba en el fondo del abismo...?

—No —interrumpió Mercedes—; ¡pero he visto al hombre que amaba, dispuesto a ser el asesino de mi hijo!

Mercedes pronunció esas palabras con un dolor tan punzante, en un tono tan desesperado que, al oírlas, un sollozo desgarró la garganta del conde. **El león estaba domado; el vengador estaba vencido.**

—¿Qué es lo que me pides? —dijo—. ¿Que tu hijo viva? Pues bien, ¡vivirá!

Mercedes dio un grito que hizo brotar dos lágrimas de los ojos de Montecristo, pero esas dos lágrimas desaparecieron casi enseguida, pues sin duda Dios envió a algún ángel para recogerlas (...)

—¡Oh! —exclamó Mercedes, cogiendo la mano del conde y llevándosela a los labios—. ¡Oh! Gracias, gracias, Edmundo! Así es como te he soñado siempre, así es como siempre te he amado. ¡Oh! Ahora puedo decirlo.

—Sobre todo —respondió Montecristo—, porque el pobre Edmundo no tendrá mucho tiempo para seguir siendo amado. El muerto va a volver a su tumba, el fantasma va a volver a la oscuridad.

—¿Pero, qué dices, Edmundo?

—Digo que puesto que lo ordenas, Mercedes, tengo que morir.

—¡Morir! ¿Y quién ha dicho eso? ¿Quién habla de morir? ¿De dónde te vienen esas ideas de muerte?

—No supondrás que, ultrajado públicamente, frente a toda una sala, en presencia de tus amigos y de los amigos de tu hijo, provocado por un muchacho que va a vanagloriarse de mi perdón como de una victoria, no supondrás, digo, que yo tenga ni un instante el deseo de vivir. Lo que más he amado, después de a ti, es a mí mismo, es decir, a mi dignidad, es decir, a esta fuerza que me hace superior del resto de los hombres; esta fuerza, era mi vida. Con una palabra, tú la has roto, y yo muero.

—Pero no habrá ningún duelo, Edmundo, puesto que tú perdonas.

—Lo habrá, señora —dijo solemnemente Montecristo—; sólo que, en lugar de la sangre de tu hijo que la tierra bebería, será mi sangre la corra. (...) Vivirá, sí, señora —dijo Montecristo, asombrado de que, sin más exclamaciones, sin ninguna otra sorpresa, Mercedes hubiera aceptado el heroico sacrificio que él le ofrecía.

Mercedes dio la mano al conde.

—Edmundo —dijo, mientras sus ojos se le llenaban de lágrimas mirándole—, ¡qué hermoso es por tu parte, qué grande lo que acabas de hacer, qué sublime apiadarse de una pobre mujer! ¡Ay! He envejecido más por el sufrimiento que por la edad, y ni siquiera puedo hacer que mi Edmundo recuerde, por una sonrisa, por una mirada, a aquella Mercedes a quien antaño contemplaba durante horas. ¡Ah! ¡Créeme Edmundo, te lo he dicho, yo también, yo también he sufrido tanto...! Y te lo repito, es muy triste ver pasar la vida sin recordar una sola alegría, sin guardar ni una sola esperanza; pero, ahora, todo esto prueba que no todo está acabado en el mundo. ¡No! Todo no está acabado, lo siento así, por lo que me queda aún en el corazón. ¡Oh! Te lo repito, Edmundo, ¡es hermoso, es grande, es sublime perdonar como acabas de hacerlo! (...) ¡Adiós, Edmundo...! ¡Adiós y gracias!

Pero el conde no respondió. Mercedes abrió la puerta del gabinete, y desapareció antes de que el conde saliera de esa dolorosa y profunda meditación en la que le había sumido la pérdida de su venganza.

Daba la una en el reloj cuando el carruaje que llevaba a la señora de Morcerf, rodando sobre el pavimento de los ChampsElysées, hizo levantar la vista al conde de Montecristo.

—¡Insensato de mí! —se dijo—. **¿Por qué no me arranqué el corazón el día en que decidí vengarme?**

